

editorial EL CINE - EL CINE - EL CINE

ESTE editorial podría quedar reducido a una simple "razón de este número". Pero es demasiado sencilla. Este número está motivado por el deseo de que INCUNABLE, increíblemente más leído fuera de las filas del clero que lo que muchos imaginan, diga a estos lectores suyos algo de nuestra permanente preocupación por el cine. Y está motivado también por la evidente necesidad de que, en esa amplísima rosa de los vientos de las preocupaciones sacerdotales, esté presente esta del cine. Sin exageración, pero también sin olvido. Que si la exageración sería peligrosa, el olvido sería ciertamente funesto.

Pero, pasando por encima de la justificación de este número quisiéramos que todo él, por lo que en sus páginas se ha podido recoger, y por lo que, bien a nuestro pesar, ha quedado al margen del mismo, constituyese un recio aldabonazo a la conciencia de todos aquellos a cuyas manos lleguen nuestras páginas. Lo queramos o no, nos agrade o lo deploramos, no podemos olvidar que existe todo un mundo de intereses, de afanes, de ideas, de sentimientos y hasta de sueños actuando de una manera permanente sobre nuestra sociedad actual: El mundo del cine. En él tenemos los católicos un puesto y unas posibilidades inmensas de actuación. El ejemplo de lo que se ha hecho en otros países, como por ejemplo Estados Unidos e Italia, es la mejor prueba de que al lloriqueo puede suceder una actuación fructuosa y fecunda. Lo que importa es despertar la conciencia de todos.

Por eso quisiéramos gritar a los que producen el cine para que no olviden ni por un momento las increíbles posibilidades del bien y del mal

que tienen entre sus manos. Para que se hagan voceros de una concepción social más amplia y justa; de un Cristianismo vivo y operante; de una manera de ver la vida auténticamente católica.

Y gritarles también a los que distribuyen recordándoles la tremenda responsabilidad que supone su decisiva influencia como intermediarios entre lo que se produce y lo que se proyecta. Pueden hacer mucho, y no faltan ocasiones en que lo pueden hacer todo. Algo parecido habría que decir a los que proyectan.

Pero acaso nuestro llamamiento más cálido sería dirigido a los que asisten al cine. Auténticos dueños y señores de todo ese mundo que al fin está a su servicio. Llamamiento que se volvería sobre nosotros mismos, los sacerdotes que tenemos el gravísimo deber de educar a ese público y actuar sobre él. La mayor parte de los problemas que nos angustian y acojan desaparecerían, o al menos se atenuarían el día en que la masa de los católicos que llenan los cines tuviese educada su conciencia, desarrollado su gusto, lleno de ideas claras su entendimiento. Este es nuestro principal deber. En esto tenemos que trabajar. Y sobre esto es sobre lo que hemos insistido y continuaremos insistiendo.

Mucho se ha andado desde que en 1950 dedicó INCUNABLE otro número monográfico al cine. Pero mucho queda por andar todavía. Ojalá que nuestro esfuerzo sirva de aliento y estímulo a todo para continuar con paso firme por el camino emprendido.

INCUNABLE

Dentro del planteamiento teológico de las diversiones

EL CINE, CRIATURA DE DIOS

Necesidad de nuestra conquista de la pantalla

Por el Excmo. Sr. OBISPO DE SOLSONA

Lo más grave del cine no es, a mi juicio, la laxitud moral que preside casi todas las películas y el ambiente pagano que en casi todas ellas se respira; siendo esto, evidentemente, un mal gravísimo, porque ha llegado a formar una mentalidad, a establecer unas costumbres y a crear en nuestros pueblos un ambiente pagano. Lo más grave es esa psicosis especial de los asiduos al cine que les hace vivir en un mundo de ficción y que aminora y hasta llega a anular las fuerzas racionales del hombre.

UN SERIO DAÑO

El cine ha contribuido en gran manera a formar hombres y mujeres en serie, sin criterio, sin iniciativas, sin personalidad; hombres y mujeres que se parecen demasiado porque todos piensan, visten, se conducen y viven según el módulo que presentan las películas. La facilidad con que se han introducido entre nosotros costumbres extrañas a nuestro modo de ser y vestidos, criterios y prácticas ajenas a nuestra mentalidad y a nuestra tradición, nos dice claramente cuál sea la influencia del cine en este sentido. Y esto es malo no sólo porque por desgracia ese módulo que presentan las películas y los actores de cine es completamente pagano, sino porque al disminuir la personalidad hace que el hombre pierda el fundamento de su grandeza para convertirse casi en un muñeco dirigido desde fuera.

Yo estoy convencido de que el cine ha hecho mucho más daño por esta razón que por la inmoralidad de sus mismas películas, porque ha hecho de nuestra generación una masa amorfa, abúlica, sin iniciativas y sin grandes inquietudes, una masa frívola e insustancial que no sirve para las empresas serias y elevadas.

NECESIDAD DE ACCION

Los cristianos, particularmente los sacerdotes, no podemos cruzarnos de brazos ante este peligro del cine que inutiliza a nuestros fieles para vivir auténticamente la vida cristiana y aun para vivir digna y honradamente su vida humana. Este es, a mi juicio, el primer deber que nos incumbe al tratar del cine como medio de diversión para las multitudes cristianas: quitarle al cine esa influencia perniciosa que ejerce sobre las masas. ¿Es posible conseguirlo? El principio de solución lo ha señalado Pío XII al fijar las características del film ideal. Pero es difícil que los productores se avengan a ello mientras no se lo exija el público o muchos de ellos no busquen el arte de la diversión honesta de la gente cuando proyectan y realizan sus películas, sino el negocio que les puede reportar—y aun creo que eso no sería toda la solución del problema.

EDUCACION Y FORMACION

Para mí es un problema principalmente de educación y formación. Si se pudiese lograr que los espectadores de cine razonasen serenamente ante la película que se proyecta,

manteniendo su propia personalidad y frenando su imaginación y su sensibilidad para no dejarse absorber y avasallar por la fascinación de la película, habríamos encontrado, quizá, la solución definitiva. No sé, sin embargo, hasta qué punto sea esto posible, al menos mirando a las enormes masas de espectadores que llenan los locales de proyección.

Quizá la solución, aunque a grande plazo, la pudiésemos encontrar realizando esta labor de educación y formación con grupos selectos para influir indirectamente sobre la masa.

LABOR DE LOS CINE-CLUBS

Se han organizado, incluso dentro de la Acción Católica, algunos Cine-Clubs, al parecer con esta finalidad. Y creo sinceramente que este medio podría ser eficaz, al menos para minorías, si se les diese el carácter adecuado, cosa que no sé si se ha conseguido ordinariamente.

Porque el Cine-Club, al menos para que consiga esta finalidad que indicamos—de otra suerte no nos interesa—no puede reducirse a una sesión más de cine, aunque se proyecten obras maestras, y aunque



Urgencia del problema cinematográfico para menores

Por el Excmo. Sr. OBISPO DE VICH

viéramos fe como un gramo de mostaza, la tragedia de tanta vida adolescente tronchada a mansalva por el film inmodesto, sugerente, que despierta mil curiosidades y secretos, que lleva a las conversaciones y a los experimentos clandestinos y causa un tremendo porcentaje de viciosos precoces, aparte de muchos otros daños, no nos dejaría vivir tranquilos. "Creo, Señor, pero ayuda mi fe", dice el Apóstol. ¿Estaría en razón añadir a la plegaria evangélica: "... ayuda mi fe y que ella esté de acuerdo con las necesidades de mi tiempo?"

INQUIETUD NECESARIA

EN oposición a la excesiva calma en resolver el problema del cine para adolescentes o niños, hay que crear la inquietud. Hoy existen inquietudes, gracias a Dios, se trabaja, hay nutrida gama de iniciativas y algunas de considerable alcance; pero tal vez en error de cálculo, se consume un ex-

ANTE el problema del cine y los menores, problema con categoría de calamidad pública, hay dos actitudes inadmisibles: el complejo de inferioridad, que da la impresión de una derrota fatal, y el complejo de la calma sistemática, que, ataviada de prudencia, no es otra cosa que el miedo a lo arduo; prudencia según la carne o un cargar a la Providencia divina toda una acción, parte de la cual la Providencia divina ha encomendado a la providencia humana. La ley del menor esfuerzo es muy íntima a la vida, y, debidamente disfrazada, se mete por todas partes y se atreve con las cosas más santas si están en manos de los hombres.

La prudencia según el espíritu de Dios, en cambio, nos lleva necesariamente a rechazar tanto el complejo de inferioridad como el de la calma. Resulta de tanta envergadura el mal que o actuamos con cura de urgencia y con ello justificamos nuestra razón de vivir en cristiano, tipo siglo xx, o de otro modo no podemos estar con la conciencia tranquila. La carnicería espiritual que realiza el diablo, el mundo y la carne por medio del cine no cristiano, en las generaciones jóvenes, es tal que nadie puede decir que ama a Cristo de verdad si no le duele en el alma que legiones de niños y adolescentes pierdan lo mejor que tienen, poniendo todos los medios que están a su mano para evitarlo.

Un grado de gracia santificante vale más que el universo; el pecado es el

peor de los males; y los millones de pecados que con ocasión del cine comete la gente joven de todo el mundo, y las pendientes que en ellos se crean hacia una vida de pecado, ¿no dicen nada a quien sabe lo que es el Cuerpo Místico de Cristo? Verdaderamente el reproche de "hombres de poca fe" cuadra a la presente generación cristiana que se ha despertado tarde, para enterarse del mal y obrar en conciencia; y aun así se vive con cierta tranquilidad presenciando la ejecución en masa de inocencias infantiles. ¿Es que no nos acordamos de la rueda de molino del Evangelio y para quiénes la receta el Señor? ¿O es que no hay escándalo público, universal, organizado, con el que la sociedad cristiana se ha familiarizado a copia de costumbre? Evidentemente, si tu-

in cu na ble

PERIODICO SACERDOTAL
VOLUMEN II,

Núm. 85 - mayo de 1956

EDITADO POR PPC

EL NIÑO Y EL CARDENAL

Ninguna «foto» mejor que ésta para abrir camino gráfico a este número. El Cardenal Lercaro, Arzobispo de Bolonia, invitó a nuestro «Marcelino», Pablito Calvo, a participar en el carnaval infantil. En la sonrisa inocente del niño, en la sonrisa cariñosa del Cardenal, queremos ver una imagen simbólica. «Marcelino» ha contado una lección de fe al mundo.

caso de energías en iniciativas de menor urgencia, cuando las de mayor prisa se dejan en espera. Dinero, papel y tiempo se consumen en volumen inmenso para fines que no evitan tantos pecados ni desligan al cristiano militante de tanto grado de responsabilidad como el que con lo del cine está onerado. Ciertamente no hay proporción entre la gravedad y urgencia del problema y el despido de energías que se le dispensa.

Y ahora, brevemente, casi telegráficamente, según al principio indiqué, van las acotaciones que ponen de malhumor al cristiano consciente y con no poco miedo al futuro juicio de Dios:

a) No hay unidad de criterio; lo hay en el Papa y en la jerarquía; pero en ciudades y pueblos, sacerdotes y religiosos, padres y maestros, hay mil discrepancias y cada uno resuelve el caso como quiere o como

(Pasa a la página 4.)